

trecortados por sollozos. Los partidarios últimos, los clientes predilectos, los filósofos compañeros suyos, los hijos del alma, componía aquel cortejo que levantaba los brazos y las voces al cielo entre amargas exclamaciones, con la intensidad de su desesperación, para en la vida retenerlo y salvarlo de sí mismo. Mas el inflexible republicano se mostró tan entero de carácter y tan resuelto por la propia inmólación, que opuso á dolor tan profundo y sincero el silencio y la frialdad de un muerto. Nada respondió á reflexiones de filósofos, que le habían en el alma infiltrado una doctrina, por la cual podía sobreponerse al destino y á sus fatalidades con acto, de suyo tan simple y natural, como la muerte. Nada hizo cuando aquéllos, á quienes diera el sér, le instaban para que no llegase á quitárselo con el dolor causado por su muerte. Catón parecía una cifra, no una persona. El alma se había desceñido ya del cuerpo, cuando aún departía con los circunstantes. Desde las alturas, á donde acababa de llegar, ya por un esfuerzo anticipado y una visión anticipada también, sólo veía el corto tiempo restante á todos los vivos, aun á los más jóvenes, para entrar como él en la Eternidad y acompañarle allá por las sombar eternas. Compasión les tuvo al verlos por su instinto grosero atados á la tierra; pero no quiso echarlos. Tanta tenacidad venció todas las resistencias. Una estatua de pórfido requerida por tantos ruegos y regada con tantos llantos hubiérase conmovido y ablandado. Catón el estoico, apenas dió señal ninguna de sensibilidad. No parecía él; parecía su propia efigie fúnebre levantada ya sobre su mudo y frío sepulcro. Así, los circunstantes se fueron, de grado unos, por fuerza otros, despedidos todos. La tranquilidad inalterable del estoico no se alteró á la despedida. El único acceso que sintiera en todas aquellas incidencias, fué un acceso de rabia contra el esclavo que le había ocultado la espada. Cegóse de tal suerte, que le golpeó la cara con ímpetu, quebrantándose con el esfuerzo violentísimo su puño. Este movimiento último de la vida le amargó más y más la muerte. Como se había dislocado la mano derecha, faltáronle fuerzas para hundirse la espada en el vientre. Y le salieron las tripas, mas le quedó todavía la vida. Entonces, al resuello de su agonía terrible y al estrépito de su cuerpo derribado, volvieron los suyos. Y como le quisieran someter á que le curaran, cogió con las dos manos los dos extremos de la herida que se había con la espada en el vientre abierto, y rasgándose las entrañas, murió sin haber lanzado una queja, quedando estático en actitud íntima é interior de quien ha cumplido un deber sacratísimo, por cuyo cumplimiento pugnara mucho tiempo.

La muerte de Catón quedó como un ejemplo vivo para la escuela republicana y la escuela estoica. El ciego espíritu de Roma hizo á este hombre completamente suyo. El austero espíritu estoico lo convirtió en ideal de su doctrina revestido por un humano cuerpo. En su energía se mostró que no acababa él en resignación y conformidad con los decretos del hado, acababa en protesta y protesta sublime. Por eso le puso la humanidad entre los héroes y los mártires á un mismo tiempo. Murió, sí, pero murió después de haber comba-

tido y protestado, cuando los mares, los cielos, el desierto, la ciudad entera de su refugio le faltaron dominados bajo la terrible irrupción de los afortunados cesaristas. Su muerte le trocó en verdadero numen de un partido romano, que sobrevivió largo tiempo á las victorias del cesarismo y en verdadero numen de una escuela filosófica que inspiró mucho las dos obras posteriores de la civilización, el cristianismo y el derecho. Por la filosofía, por la política, por la moral, por el sitio á donde lo alzaba ya la Historia contemporánea, Catón quedó como un héroe de la libertad y de la república en el humano pensamiento. Si quedó así en el corazón de las gentes, imagináos cómo quedaría en el corazón de su hija. Porcia profesaba el estoicismo con la exaltación que dan todas las mujeres á sus profesiones de fe. Lo que había sido en Catón una creencia pasó en ella por ley natural á una pasión. Amante de su padre y de la doctrina de su padre, juró, no solamente seguirlo en sus ideas, obedecerlo en su memoria, como si estuviera vivo é imperara todavía en el hogar y en la familia, vengarle de la horrible muerte á que le moviera el crimen y el triunfo de César. Una situación personal análoga de suyo á la situación reconocida en Cayo Graco tras la muerte de su hermano, renace por ley natural en Porcia tras la muerte de su padre. Muy silenciosa, muy sufrida, muy recatada, muy puesta en lo que á su sexo y á su condición cumple, la hija del mártir no alardea de sus propósitos; callaba en mudez semejante á la del primer Bruto, mudez pitagórica ó estoica, como queráis llamarla, conducente á reconcentrar más y más la fuerte pasión suya, dándole muy alta y continua intensidad. Un enemigo interno y otro externo tenía Porcia en tal empresa. Era el interno la compleción de Bruto; era el externo la madre de Bruto. En la cabeza puntiaguda del republicano penetraban y permanecían muy pocas ideas. La indiferencia filosófica, propia del sentido predominante por la razón aquella en los filósofos romanos, le habían hecho desasirse de las pasiones y elevarse á una región de suyo tan etérea y abstracta como la que ocupaba Catón. Sólo que, mientras este último en sus postrimerías oponía indiferencia glacial á los dolores todos y á la eterna muerte, oponía Bruto glacial indiferencia por su parte á la libertad y á la república. Partidario de Pompeyo, no obstante haber matado á su padre, creíase con su partido en pago completo después de su proceder en Farsalia, donde peleó hasta el instante último, por sus instituciones predilectas. Pero, cumplido esto, aceptó de un vencedor tan generoso como César, gobiernos y cargos, por indiferencia, por mera indiferencia. ¡Qué temeroso enemigo interno tenía el pensamiento de Porcia en la compleción de Bruto! Pues aún tenía mayor enemigo externo en la persona de Servilia, madre de Bruto. No parecía hermana de Catón ésta. Al irse de su hogar se había ido de sus ideas y de sus ejemplos. La preferencia que le mostró César en toda su vida, sacábala de tino. Así, la muerte de su hermano le parecía un acto de locura, y como acto de locura la presentaba siempre á su hijo Bruto en ausencia de su nuera Porcia. Lo conveniente para Bruto y conveniente para su patria, según su sentir, era sacar las mayores ventajas del cariñoso afecto



con que distinguía el vencedor á toda la familia. Mientras en Porcia reinaba un estoicismo profundo, en Servilia un epicureismo instintivo. El vivir bien, el vivir gozando los favores de César, ejerciendo un gobierno en provincias ó colocado sobre un tribunal en Roma, era todo el horizonte por la fácil Servilia extendido ante los ojos de su Bruto, como congruente con toda historia y digno de la debilidad á que llegara por culpa de todos el antiguo derecho en la nueva Roma. Como había perdido su esposo, inmolado por las victorias de Pompeyo, y había perdido también su hermano por las victorias de César, muerto suicida, no sentía gana de indisponerse con vencedor alguno y aconsejaba un buen componer y un buen vivir con todos y para todos. Colocado Bruto entre la idea estoica de su mujer y la idea epicúrea de su madre, no se decidía por una ni por otra, gracias al estado de indiferencia en que yacía su alma. Allá, en las abstracciones luminosas de su mente, acaso estaba con Porcia; pero aquí, en las realidades oscuras de su vida, estaba con Servilia. Su mujer lo conocía, pero se reservaba una predicación continua para formarle un alma nueva, y formada con empeño, una ocasión suprema que determinase su estallido y erupción. Bruto fué republicano al fin de la vida por su mujer, como por su mujer fué al fin de la vida republicano Rolland.

Personajes históricos, cual esta romana Porcia, defensora de la República expirante, servían de modelo á la francesa Rolland, defensora de la República naciente. Filósofa esta y publicista incansable, debía ir á los partidos suscitados por las revoluciones, no guiada de la observación y la experiencia, esos criterios seguros de los problemas políticos, guiada de los libros que devoró desde la niñez con indecible voracidad. Grabador de oficio su padre, joyero de afición, industrial y comerciante, menos feliz en el comercio, donde se arruinó, que en la industria donde procuró pan honrado y abundante á su familia, poseía libros, así de honesto recreo, como de fácil estudio, guardándolos dentro de recatado estante, y sobre tales libros se lanzó la niña desde los amaneceres de su infancia, como el ave rapaz que se arroja en cuanto crece dentro del nido, sobre las presas, obedeciendo vocaciones, impuestas por todos sus instintos así á las especies como á los individuos. Y entre los libros encontró Rolland el Manual de sus leyes morales y el comienzo de sus iniciaciones en la Filosofía y en la Historia con un Plutarco, tan inseparable de sus ojos, que lo llevaba como devocionario á la iglesia en los rezos y oficios de la Semana Santa. Parece imposible sacara un sistema completo de lógica tan segura en sus procedimientos y de serie tan encadenada en sus ideas, del seno de un verdadero centón, escrito por polígrafo, más idóneo para formular grandes resúmenes, verdaderos epílogos de una civilización, que para inaugurar épocas de renovaciones y de progresos. Griego Plutarco había nacido en las primeras edades de aquella dominación romana, tan penosa, después que Nerón visitó á Grecia y antes de que los estoicos llegasen á constituir un Imperio como el Imperio de Marco Aurelio, inspirado por Epitecto, quien iba formulando en apotegmas y

corolarios morales de aplicación á la vida el substrato invadido en toda la metafísica griega, tamizado por una filosofía y una historia verdaderamente sincréticas. Aunque Plutarco estuviera largo tiempo en Roma, y aun regentara escuela de gréculos, gente cultivada ésta de todo arte y ciencia, útil por extremo á la cultura romana; su ánimo de patriota nunca echó al olvido las Repúblicas griegas antiguas, más amadas de su corazón cuanto menos felices en aquel tiempo y en aquel estado. Por tal motivo sin duda, no pudiendo predicar las instituciones republicanas bajo los Césares, como dogmatizante, se dedicó á honrar su memoria como historiador. Hijo de un municipio beocio, la región menos culta de Grecia, se instruyó en Atenas, y desarrolló esta instrucción en Roma, procurando por medio de volúmenes ecléticos, que ya inspiraba el recuerdo y estudio de Platón, ya el recuerdo y estudio de los estoicos, un corolario de toda la cultura griega, tan digna del amor de sus hijos, orgullosos justamente de tal madre. Y como los déspotas más déspotas no logran impedir que lo pasado haya pasado, Plutarco pudo, presentando unidos, en paralelos más ó menos dispares ó pareados, los mayores hombres y mujeres, así de la República griega como de la República romana, ofrecer en sus libros y en sus ejemplos una serie de arquetipos esencialmente republicanos. Respecto de la metafísica podía dudar, incierto entre la Academia y el Liceo, aunque más inclinado que á los peripetéticos de Aristóteles á los académicos de Platón; podía dudar entre los estoicos, cuyos principios metafísicos impugnara y los neoplatónicos entonces al uso, en materia de moral; pero nunca, ni en estas materias, aceptó el corruptor sensualismo de la escuela epicúrea y nunca rindió parias, en política, como tantos otros, ante las impuras aras del infame despotismo. A la verdad, aquella época incomparable de Pericles, en que llegó á su mayor apogeo la democracia griega; el gusto refinadísimo de Alcibiades comparable á la elocuencia de Graco; los puñales de Harmodio y Bruto divinizando hasta el crimen cometido en defensa de la libertad y de la patria; Demóstenes envenenado y Cicerón descabezado en sus últimos esfuerzos por salvar las dos Repúblicas, que morían teniendo la palabra de dos tan inesperados oradores en los labios; Aspasia entre los infelices jefes de la Grecia republicana, inspirando con sus miradas y con sus sonrisas las mejores arengas oídas por orejas mortales y Roma entre los mantenedores últimos de su República renovando con su martirio las heroicidades legendarias de los antiguos tiempos; Milcíades y su valor, Aristides y su virtud, Fabio y su patriotismo, Catón y su holocausto, debían mover los afectos de aquella mujer á su culto, y en tal culto ciego esta mujer debía esperar que bastase la proclamación de una República en Francia, para que á su mágico nombre casi divino, inmortal por lo menos, y en sus formas tan bellas como los cuerpos de las estatuas clásicas se reanimaran las innumerables grandezas republicanas y vivieran héroes tantos como los que creían y juzgaban semidioses á una la tradición y la Historia. Con secretos y confusos instintos de reformadora y progresista; en medio ambiente propicio para que todos los ideales á un tiempo



ardieran iluminando así el espíritu como el espacio; derramaba en los aires una revolucionaria electricidad, á cuyos efluvios todo el mundo se agitaba y enardecía; nada tan fácil como que brotara en la mente de un alma poética y sensible como el alma de madama Rolland el ideal republicano.

Pocos hombres han ejercido en los entendimientos modernos una tan grande atracción como el entendimiento de Plutarco, tan chapado al modo antiguo. Aunque desconociendo el Cristianismo y los cristianos, como desconoció los mejores ingenios de su tiempo en Roma desde Juvenal á Tácito; presentía Plutarco un cambio de religión, y se agarraba desesperado á sus dioses patrios y lares en aquel naufragio deshecho de todas las antiguas creencias. Pocos relatos tan sublimes como el inmortal de la navegación del piloto griego Thamo por las aguas celestes del golfo de Parténope, la noche aquella, en que, dormido el mar Tirreno al pie del cabo Minerva que retrataba todas las estrellas del cielo en sus ondulaciones entre fosfóricas y eléctricas, cuando la sirena debía cantar en las grutas de corales y Galatea correr precedida de tritones y acompañada de ninfas en su carroza de ópalo, se oyó una voz, exhalada por los mediterráneos abismos, voz plañidera y llorosa, como que plañía y lloraba la muerte de una religión, diciendo: «¡el gran Pan ha muerto!» Páginas así tan sublimes por su naturaleza propia, tan impregnadas de verdadera melancolía, en correlación estrecha con algo que pasa en todos nosotros, le han valido este soberano influjo, habiendo hecho de su Queronea, el modesto municipio de su nacimiento y de sus preferencias, lo que hizo Rousseau de su Ginebra, un foco del espíritu político. Hay en el polígrafo Plutarco lo mismo que hay en Plotino, filósofo; lo mismo que hay en Galeno, médico; lo mismo que hay en Luciano, satírico; lo mismo que hay en todos los clásicos de la decadencia griega, ninguno decadente, ni por su estilo, jamás aquejado del énfasis propio de la decadencia romana, jamás decaído del antiguo esplendor, ni por sus ideas siempre lejanas y muy ajenas de los retruécanos y alambicamientos del gran Séneca y de Marcial, una propensión invencible á recopilar, á reunir, á sintetizar, como si escribieran el testamento de un moribundo, el testamento de toda la sociedad pagana. Mas, con esto y con todo, aunque me sea difícil apreciar la influencia ejercida por Plotino en Filosofía y por Galeno en Medicina, me es fácil decir que ninguno de los dos, con ser tan excelsos en sus sendas profesiones, ejercieron el influjo de Plutarco en las letras y en la Historia. De Plutarco sacó el inmortal Shakespeare sus Césares; de Plutarco, nuestro Shakespeare, Calderón, sus Escipiones; de Plutarco Voltaire sus Brutos; en Plutarco se han inspirado cuantos han querido resucitar el mundo griego y latino sobre la escena cristiana. Hasta nuestra pintura le ha pedido inspiraciones y modelos. Imposible trazar el trágico entre los trágicos de la pintura universal, Rivera, la muerte de Catón de Utica, si antes no leyera su relato, sublime y sencillo, en Plutarco. Imposible tantos cuadros inspirados en la Historia griega y romana sin Plutarco. Así, en quien penetra,

como sumando imprescindible, en quien coopera mucho á la suma de facultades componentes del carácter y del genio suyos, en quienes puede asegurarse que ha dirigido la vida constantemente y consolado la muerte trágica, es en la Musa inspiratriz del grupo girondino, en madama Rolland. Atenas y Roma le inspiraron el despego de la religión católica, que amara en su infancia con verdadero culto y el culto á una religión civil del Estado como la que propinaba Plutarco á su villa natal y como la que realizó el Congreso Constituyente, decretando, sin respeto á la disciplina y á los cánones, una organización del clero laico y civil á su gusto. Las lecturas de Plutarco le trastornaban la cabeza por aquella temporada de su residencia en los jardines de Versalles, donde habitaba una bohardilla, desde cuyos caramanchones hablaba consigo, como pudieran Aristogitón ó Casio hablar con el pueblo, y dirigía las excomuniones de su razón y de su elocuencia inmortales á la Monarquía y á los Monarcas. No me cabe duda, no, del presentimiento despertado por la correspondencia entre las vocaciones interiores y los destinos históricos, propia de los primates del mundo. Recluida en un palacio mayor que todos los templos de Francia; rodeada por edénicos jardines, en cuyas alamedas le hacían reverencias y le demandaban besamanos hasta los árboles; guardada por un ejército en quien relumbraba la monárquica liturgia, desde las alabardas á los bordados; entre cortesanos capaces de dojarse aplastar por las ruedas de su carroza, no podía comprender, ni menos adivinar Antonieta que allá, en los desvanes de su habitación, se alojaba, cediendo á invitaciones de amada pariente próxima, la Musa del régimen republicano, muy tempestuoso y muy fugaz, pero que había de dar por el pie al trono de veinte siglos y lanzar la cabeza y la corona suyas á los tablones de un cadalso.

Plutarco es un factor importantísimo en el alma de la Rolland; más aún la supera y aventaja Rousseau, quien ha reinado con absoluto imperio, así en la dominación jacobina como en el imperio napoleónico. Después de haber hecho tanto, primero los cartesianos, más tarde los fisiócratas y los enciclopedistas, por crear la superioridad humana, se había levantado junto á ellos un adorador del Estado al modo antiguo, predicando el absolutismo social, frente al absolutismo realista, el absolutismo de todo un pueblo. Para tan extravagante filósofo, polígrafo también como Plutarco no existía sofisma tan absurdo como la división de poderes á la inglesa predicada por Montesquieu y sostenida por cuantos deseaban aplicar á Francia las instituciones constitucionales y parlamentarias de la progresiva y libre Inglaterra. En su facundia creadora, en su estilo ejemplar, en su arte de la metáfora, en sus cotejos entre cosas dispares ya corrientes en el habla vulgar de la política, Rousseau comparaba los constitucionales y sus doctores á esos farsantes japoneses, los cuales prometen descoyuntar un muchacho, y lanzando sus músenlos y miembros y órganos disyectos por los aires, recibirlo y presentarlo rehecho al caer de nuevo en su manos. Para el eximio pensador dividir el poder público, uno por naturaleza, en judicial, ejecutivo, le-